



CUADERNO 4.º

FEBRERO DE 1918

DIRECTOR

JORGE M. ROHDE

SUMARIO

- El socialismo ético..... *La Redacción*
Una página de Angel de Estrada . *Jorge M. Rohde*
Bellatrix Gleba, (versos)..... *P. della Costa (h).*
Un filósofo danés, Soren Kierkegaard *Carlos Bogliolo*
En la Catedral de Chartres *Victor Betancourt*
Incipit vita nova (de la revista Atenea) *Alejandro Korn*
La filosofía del hombre que trabaja y que juega, de Eugenio D'Ors
(de la Antología filosófica)..... *Manuel G. Morente*
Juan Agustín García..... *A. Korn Villafañe*
- BIBLIOGRAFÍA: El Libro de los Paisajes, de Leopoldo Lugones.—Gris, de Pedro Miguel Obligado.—El Triunfo de las Rosas, de Angel de Estrada.
- NOTAS:—El poeta Martin Coronado. — Una carta de Lugones.—Informe con motivo de la renovación de autoridades.

Colegio Novecentista

CUADERNO 4.º

Buenos Aires

Febrero 1918

El socialismo ético

En el fragor de la contienda mundial ha pasado desapercibido, como si fuera asunto baladí, el deceso de un viejo conocido, que, ya bastante valetudinario, había en realidad ha tiempo terminado su misión. A nuestra tierra las noticias llegan con algún atraso y a las vegadas suponemos vivos y actuantes a difuntos bien enterrados. En esta ocasión—amarga para un corazón burgués—nos referimos al individualismo manchesteriano.

La célebre doctrina que convertía el trabajo humano en un valor venal sujeto a la ley de la oferta y de la demanda y concedía a todos la libertad de envilecerse o morir de hambre, si tuvo en un momento su justificación histórica, habíase convertido al fin en la rémora insalvable de una organización social más justa. La tiranía económica llegó a superar con su opresión la peor de las tiranías políticas y na-

da más reñido con el libre desarrollo de la personalidad que este pseudo-individualismo al servicio del privilegio capitalista.

Al oponérsele, las teorías colectivistas debieron revestir un carácter distinto. En efecto, el individualismo moderno se vincula estrechamente a las teorías utilitarias del siglo XVIII, en tanto que el abolengo del colectivismo es otro. Si no queremos remontarle a fuente tan remota e idealista como Platón, radica en el espíritu generoso de soñadores románticos, obsesionados por un anhelo de justicia social. Fué una verdadera aberración, aunque históricamente explicable, si una de las varias corrientes socialistas creyó poder prescindir de los factores morales y fundarse exclusivamente en los intereses económicos. Marx prestó un servicio inapreciable a la causa social cuando la sacó de las esferas de las divagaciones utópicas para plantearla dentro de las condiciones reales de la vida. Pero cometió un error, él que era hegeliano y conocía la teoría de los opuestos, al no contemplar sino un aspecto unilateral de la cuestión. Fuera de duda que se trata de organizar las relaciones económicas entre los miembros de una colectividad, pero no de modo que un interés prevalezca

sobre otro, en vez de someterse todos los intereses al imperio de la Justicia. En verdad, Justicia con mayúscula.

La solución «científica» no resuelve sino una parte del problema y exige para completarse una solución ética. No la desconocieron en el hecho ni los propios marxistas; cuánta abnegación desinteresada, cuánto entusiasmo rayano en el fervor religioso no vieron los tiempos heroicos del socialismo! Y cómo había de surgir y triunfar una gran causa sin un ideal que conmoviera y emocionara profundamente el corazón humano! Con qué derecho el socialista califica de infame el proceder del compañero que se substraee a la acción común, que en día de huelga obedece las sugerencias de su interés económico individual y no se reconoce ligado por el sentimiento de la solidaridad gremial, con qué derecho, sino le supone una obligación moral que debe cumplirse hasta en el sacrificio?

No se ocultó esta faz del problema a otros altos espíritus que aun en la época positivista de Marx se libraron de la superstición materialista, sin dejar por eso de poseer una viva intuición del conflicto social. Que poco conocida es entre nosotros la magna obra de Le

Play, y cuan digna de estudio es sin embargo. Aun el llamar la atención sobre la obra igualmente fecunda de Schmoller no es superfluo. Estas y tantas otras representan frente a la acción crítica, demoledora, negativa del marxismo una tendencia reparadora y reformadora que paulatinamente ha creado una legislación positiva, previsora y tutelar. Y si a estos hombres de la investigación exacta no escapó la importancia del factor ético, cómo había de desconocerlo el amplio espíritu de León XIII, cuando en su encíclica de *rerum novarum* fijó la posición de la Iglesia ante la cuestión social.

La teoría del materialismo histórico no constituirá en la historia del socialismo sino un episodio, una tentativa de batir al liberalismo burgués con sus propias armas. Por eso fué eficaz, pero el gran movimiento de la reforma social rebasa de tan estrechos límites, como que es superior a las tendencias divergentes que aun hoy en su seno contribuyen a conservarle el carácter de una evolución progresiva y le impiden cristalizarse en fórmulas estrechas. Hacia la gran meta de la justicia social puede aspirarse por distintos caminos y la controversia doctrinaria no obsta a la cola-

boración común. Encamínense unos por la derecha, prefieran otros inclinarse a la izquierda —la finalidad ideal nos hermana y nos concilia.

Pero junto con el individualismo utilitario expira también su mellizo el materialismo histórico. Los marxistas genuinos desaparecen uno tras otro sin dejar herederos. Ya Bernstein ha abandonado la doctrina ortodoxa. El mismo Labriola reduce el valor del materialismo histórico al de un método y en esto tiene razón? Y quién ignora que Jaurés buscaba en el estudio de la ética kantiana nuevos fundamentos para la teoría socialista? Si la reacción no es más intensa es porque en el espíritu de los rezagados aun persisten las concepciones del determinismo absoluto de base naturalista. Paradoja extraña en quienes afirman luchar por la dignificación de la personalidad humana y al mismo tiempo la deprimen al nivel del automatismo mecánico.

Urge pues fundar las aspiraciones económicas de la sociedad actual en una ética que sea expresión ideal de una personalidad consciente y libre. Solamente valores éticos y estéticos, no valores económicos, pueden dignificar la condición humana.

Y en el día de la fecha no estará demás recordar a Aquel que primero se apiadó de los pobres y desheredados y pidió para ellos el pan nuestro de cada día, no con el objeto de satisfacer sus apetitos sino con el muy superior de capacitarlos para destinos más altos—el humilde hijo del carpintero.

LA REDACCIÓN.

En el día de Pascuas de 1918.

*Elle leva ses yeux, où les transports, la gloire,
Et l'âme et l'harmonie éclataient à la fois;*

ANDRÉS CHÉNIER.

Renan dejó en una de las páginas más hermosas de Francia y de las lenguas romances, la plegaria dirigida a la Palas Atenea del Acrópolis ilustre. El aire «dulce como la leche y como la miel», debió encenderse con la confesión del hijo de las nieblas nórdicas, que, con el corazón lacerado, ofrecía las hondas inquietudes que en él hizo germinar el cristianismo, hermano del renunciamiento y la melancolía. La colina sagrada debió conmoverse, — con los dispersos mármoles del Pentélico y con sus olivos en flor: corona de dioses y de héroes, aun perenne en esta menguada edad de su destierro — con la confesión terrible de aquel hombre, que desnudaba a la verdad absoluta su espíritu penitente. En la plegaria decía: «Fué un mísero y pequeño judío que hablaba el griego de los Sirios, llegó aquí, recorrió tus plazas sin comprenderte, leyó erróneamente tus inscripciones y creyó encontrar en tu recinto un altar dedicado a un dios que sería el «Dios desconocido». Eh bien, ce petit Juif l'a emporté; pendant mille ans, on t'a traitée d'idole, ô Verité; pendant mille ans, le monde a été un désert où ne germait aucune fleur.»

Recordad el apóstrofe de Carducci a la Roma en otro tiempo magnífica, cuando recibía los bueyes portadores del triunfo y de la gloria, los que cruzan por el carmen Virgiliano:

Piú non trionfa, poi che un' galileo
di rosse chiome il Campidoglio aseese,
gittolle in braccio una sua croce, e disse
—Portala, e servi—.

La inquietud, la noble inquietud del cristianismo — que Renan ora desprecia, ora enaltece porque se siente presa de sus redes — fué la que abrió ancho cauce en los espíritus, antes estériles a su linfa, y los fecundó de humanidad; sentimiento éste, desconocido por los griegos, al decir de Hegel, «quienes sólo conocieron a la Grecia». Inquietud que asoma, en la Roma pagana y declinante, al alma del vate de Mantua, cuando interroga a la noche estrellada sus misterios y en un exámetro sublime resume la eterna querella de los hombres, la misma que embarga a Heine — veinte siglos después — al contemplar las ondas del mar del Norte.

Algunas almas excelsas del Renacimiento queman la olorosa mirra de Judea ante los dioses ciegos y cándidos de la Grecia ilustre. Luis de León, el grande agustino, frecuentado por las Gracias, se enciende en la llama sagrada: y el ritmo y la armonía del espíritu y del mundo, tienen en él máximo intérprete.

Angel de Estrada, encarnado en Juan de Monfort protagonista de Redención, suelta ante la Palas Atenea, armoniosa y serena plegaria. Un alto concepto humano y estético en ella resplandece: y el fuego y la forma se funden amorosamente con la sonrisa de Platón el divino y con la lágrima redentora de Jesús.

Otro espíritu moderno que llamamos «impasible», pero que sufrió angustias y muy hondas, al añorar la Hélade, exclama:

Le vil Galiléen t'a frappée et maudite,
Mais tu tombas plus grande! Et maintenant, hélas!
Le souffle de Platon et le corps d'Aphrodite
Sont partis à jamais pour les beaux cieux d'Hellas!

Escuchemos, ahora, fragmentos de la admirable plegaria de Estrada:

«Diosa nacida para comprender todo, tú no pudiste crear estéril la palabra del Judío que conmovió allá abajo la multitud del Agora. Debiste adivinar que matándote, a ti, que tornabas la vida en cosa tan riente, iba a contribuir al estallido de la humana inquietud. Debiste percibir que su voz dolorosa se movía en el raudal de una fuente de esperanza. Debiste no ignorar que sus acentos creaban también el reino de Artemis, venciendo a Apolo, y que al lado de su sol, la Melancolía, vistiéndose con la luna, derramaríase por la tierra. Debiste saber que aquella emoción no tocaba sólo a las almas; pues en el Pentélico cercano se estreme-

cían las vetas marmóreas como nervios, y sus entrañas se agitaban ante el clamor de la nueva hermosura que iba a arrojar a los hombres. Y de ese mundo vengo, ¡oh diosa de belleza perfecta! ¡triángulo de la razón ataviado por las Gracias! Tu templo es tan armonioso que debe brillar en todos los cielos cual brilla en todos los olimpos, y enseñar el equilibrio sereno a todas las razas y a todas las edades. Pero condenado a vivir en él únicamente, de rodillas ante tu noble majestad, mi alma se sentiría como tu rival, la Venus del Sena. Aunque divinamente humana, y augusta en su silencio, y gloriosa en su mutilación, clamaría por sus brazos, para estrechar mil diversas formas con la sed devorante de lo infinito. Y ahora, hija de Júpiter, immaculada Palas Atenea, inspiradora del trirreme sagrado, sé hospitalaria a quien, dejando su nave, se acoge a la sombra de tu olivo, y posa la frente febril sobre el frío de tus mármoles, y busca calmar sus ardorosos labios en los ocultos manantiales de tu colina!»

¿Quién puede olvidar estas palabras, tan esencial y formalmente luminosas?

Angel de Estrada es para mí uno de los más insignes artistas que produjo esta región de América. Se le compara con Gautier, pero, cuán lejos deja, en su concepción estética, al maestro francés. Desearía detenerme un instante en este punto. El autor de Redención y de Las tres Gracias posee, como el poeta de Esmaltes y Camafeos, una visión

penetrante del mundo exterior, si se quiere naturalista, o realista, por la precisión en el detalle, a veces superfluo y enfadoso, — siempre dentro de los límites del arte; pues nunca encontraréis en su paleta el tono sombrío y nauseabundo, nunca se deleita con lo innoble y lo mediocre. Recuérdese que Gautier, por ese naturalismo tan noblemente entendido, es precursor de escuela, ¡tristes ironías!, de la escuela que ofrece al mundo los apetitos de Nana y de Teresa Raquin. La insensibilidad de que hizo tanto alarde dicho maestro, al encenderse, exclusivamente, en un arte desarraigado de la vida y de la muerte, pues ante esta última sólo experimenta una inquietud física, de origen estético, por la podredumbre que provoca, — esa insensibilidad repito, Estrada, por fortuna, no la tiene. Supo éste, acariciar en Leoni Landi, protagonista de *Las tres Gracias*, un altísimo sueño de belleza: tal como lo concibieron los seres del Renacimiento, tal cual palpita en los mármoles de Miguel Angel y en las estrofas del Bembo. Y entiéndase que para esa edad, el ideal estético está lejos del que resume la frase: «Soy un hombre para quien el mundo exterior existe.»

Estrada anima el sentimiento religioso, el amor, la humanidad: corrientes universales que, al ser percibidas a través de un espíritu que imprime en ellas su matiz propio, producen, como dice Goethe, todo lo grande que el hombre ha realizado, pues dejan el mundo de lo abstracto para convertirse en savia del árbol que da frutos eternos e inmutables. ¿Quién negará, en este sentido, a la obra de Estrada, carácter y valor universales? Ahora bien, su

musa tan levantada, no le ha hecho percibir aún, el sentimiento de patria como color local y amor inmediato al nativo terruño. Quizá nuestro nacionalismo de suyo imperioso se rebele, en este punto, contra el artista que deshoja exclusivamente la corona de las Gracias sobre los mármoles de Grecia, los jardines inolvidables de Italia y las campiñas galanas de Francia. Pero, día vendrá, no lo dudo, en que nuestro pasado colonial de tan poético prestigio, o nuestra vida contemporánea, en la ciudad que aspira a levantarse del bajo erial cartaginés y multiforme y tender hacia las estrellas el arco milagroso de los ideales y los sueños, encuentre, en Estrada, un ilustre y rendido intérprete, para gloria de nuestras letras y de nuestro nombre.

JORGE M. ROHDE.

BELLATRIX GLEBA

Chusma flexible

de la ciudad baja,

chusma casi instruida,

chusma bien vestida,

vistosa y viciosa como una baraja;

deja el hipódromo,

el circo deserta

y el afrancesado tango que afemina,

chusma argentina:

¡Despierta!

Vomita toda

tu sangre mulata,

como podre exhala la mora y la hebrea,

y de tus arterias dialisa y desata

con la levantina la partenopea.

Cauces más puros

tan sólo fructúa

fundiendo en un épico y noble conjunto

a la árida sangre de virgen charrúa
la sangre de Esparta, de Roma y Sagunto.

Y entonces clama,
declama, exulta,
en botas disformes empínate renga,
e impone los fueros de la turbamulta
bajo el vino rojo de la roja arenga.

Blande el cuchillo
de los matarifes,
haz de mansas reses faena ordinaria
en propios y extraños, y arma tus esquifes
a encuentro pirata y a empresa corsaria.

Ensueña histriónica
laureles y hierros
como embrión seguro de utópica «fratria»,
y echa al matadero, «achura» de perros,
¡Zu Patria...!

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

SOREN KIERKEGAARD

Con frecuencia aparecen en los escaparates de nuestras librerías, nuevas ediciones castellanas, francesas e italianas, de los dramas de Ibsen, traducidos más o menos directamente del idioma original. Jamás hemos visto un libro del filósofo que motiva estas líneas, a pesar de ser el inspirador, en gran parte, de la obra de aquél; tanto, que para nosotros Kierkegaard y Brand se identifican, aunque lo haya negado el mismo Ibsen, afirmando que apenas había leído a Kierkegaard, y más, que no lo había entendido muy bien. Lo cierto es que afinidad, y grande, existe; no habrá sido directa la influencia, pero Ibsen, como casi toda la juventud intelectual escandinava de la época, no pudo sustraerse de las vigorosas ideas del teólogo dinamarqués.

No existen en nuestra lengua versiones de Kierkegaard; si las hay, son muy recientes, y no han llegado hasta aquí. No ha mucho Unamuno se felicitaba por la falta de ellas y por ser uno de los pocos en España que lee al filósofo en danés, lleván-

dolo el amor que profesa a las ideas de Kierkegaard, a respetar religiosamente los deseos de éste, que no ansiaba discípulos y temía pensando en el día en el cual su obra fuese objeto de estudio entre los profesores. Deseamos, aunque lamentamos el disgusto del señor Unamuno, ver traducidas las obras de Kierkegaard al castellano; mientras, adelantaremos algo de lo poco que leímos, nada, comparado con la producción del autor, de rara fecundidad (1).

La vida de Kierkegaard fué austera como sus ideas; entre éstas y aquéllas no hay línea divisoria, al punto de que unas pocas noticias acerca de su juventud echan sobre su obra más luz que largas meditaciones, las cuales, por sutiles que fuesen, no aclararían el misterio que la envuelve.

Niño de doce años, Miguel Kierkegaard, padre de Sören, cuidaba ovejas en las áridas colinas de la Jutlandia; pobre, con hambre y con frío, cierto día, descorazonado, levantó los brazos al cielo y

(1) Los libros que han llegado a nuestras manos son tres: «El Diario del Seduttore» Trad. de Luis Redaelli, Ed. Bocca, Turín, 1910—«In Vino Veritas» (con agregado de «Il piú infelice» y «Diapsalmata» Trad. de Knud Forlov, Ed. Carabba, Lanciano 1910.—«L'Erotico nella Música» Trad. de Gualtiero Petrucci, Ed. Formiggini, Génova 1913. Como en todos ellos el autor desarrolla su concepción estética de la vida tomando como sujeto el amor, no podemos explicar sus ideas éticas y religiosas sino aprovechando la que dicen sus traductores (Forlov y Redaelli). A ellos seguimos, en ésto, y en la biografía de Kierkegaard.

«maldijo al Señor, el cual, si existía, podía permitir que un pobre niño abandonado sufriese, sin acudir en su ayuda». Pasó tiempo, y a la vuelta de pocos años vivía rico y feliz en Copenhague. Pero he aquí que un extraño temor comenzó a invadir el espíritu religioso de Miguel Kierkegaard: en su rápido cambio material no vió sino un castigo divino; la blasfemia del pastorcillo sería expiada con goces terrenales, eterna perdición. Y ya no hubo sosiego para él. En 1813 nació Sören, el cual creció en un hogar donde amén de practicarse la religión en la forma austera común en casi todos los hogares de su país, se agregaba la taciturna actitud del padre.

Sören conoció la causa de la tristeza que embargaba al viejo Miguel, recién a los veinticinco años, y desde entonces, también él se sintió maldito. En 1840, dos años después de la muerte del padre, se laureó en teología con una tesis sobre Sócrates, titulada «Del concepto de la ironía», punto de partida de su copiosísima producción. «Como aquella princesa de «Las Mil y una Noches» yo salvé la vida contando, es decir, produciendo...»

Kierkegaard distingue en el camino de la vida tres períodos o etapas: uno estético, uno ético y uno religioso.

El goce estético en toda su belleza y perfección, únicamente el individuo, «el solo», puede conocerlo, porque lo interesante dura apenas un momento, el

cual momento debe ser aprovechado por el esteta en la mejor forma, para sus placeres intelectuales. La repetición de ese instante conduciría al aburrimiento, y éste es el mal que el esteta debe evitar, variando sus sensaciones, dominándolas, ya que el mundo exterior es finito y por lo tanto incapaz de proporcionar un número ilimitado de momentos interesantes. El placer estético debe ser, pues, puramente subjetivo. Todo lo que liga al individuo con el mundo exterior, perjudica al esteta: trabajos profesionales y obligatorios, amistad, matrimonio. Este último es una contradicción estética, porque es una promesa de «amor eterno» y en el amor no debemos sino ver una fuente de sensaciones estéticas y hedonísticas. El esteta amante no puede ser sino un seductor.

Entendido así el período estético, fácil nos resulta comprender «El Diario del Seductor». Su héroe, Juan, tiene todas las condiciones exigidas por Kierkegaard al esteta: es un seductor bien diferente al Don Juan seductor que conocemos, ridículo y vulgar, esclavo de sus sensaciones. Aquel se conforma con una mirada, con una sonrisa, si ha comprendido que la mujer objeto de sus goces estéticos no puede dar sino una mirada o una sonrisa.

Juan el Seductor no es sino Kierkegaard, y su Diario, la historia de sus amores, de su amor; Cordelia, la infeliz Cordelia seducida, (creemos,

después de lo dicho, innecesario explicar el alcance de la palabra «seducción», en el lenguaje kierkegaardiano) es Regina Olsen, novia del filósofo. En 1840, terminados sus estudios teológicos, se comprometió con Regina, deliciosa personita, toda juventud y belleza, en la cual otro hombre hubiese visto sólo alegría, y que para Kierkegaard no significó nada más que dolor y tristeza, porque era felicidad en la tierra, y él no tenía derecho de ser feliz: la falta del padre, era falta suya, y lo sería de Regina, de sus hijos, porque el castigo bíblico alcanza hasta la séptima generación. Se separó de ella sin confesarle la causa, prefiriendo aparecer como un seductor frío, calculador, egoísta. Y escribió «El Diario del Seductor» para demostrar que todo su amor había sido un puro goce estético, saboreado en infinitas fases, con detalles imperceptibles para cualquiera que no fuese el sutil Don Juan. El libro termina con estas palabras:

«Una joven es un sér débil; cuando se ha entregado por completo, todo ha perdido: si la inocencia es en el hombre algo negativo, en la mujer es la esencia de la vida... Y ahora, de mi amor con Cordelia no quiero ni siquiera el recuerdo... En un tiempo la amé: pero de aquí en adelante mi alma no puede pertenecerle. Si fuese un Dios, haría con ella lo que Neptuno hizo con una Ninfa: la transformaría en hombre.»

Las mismas ideas que desenvuelve en «El Diario del Seductor» expone ampliamente en «In Vino Veritas». Lo extraño del título tiene su explicación: Cierta día se reúnen alrededor de una mesa cinco amigos: Víctor el Eremita, Constantino Constantius, Juan el Seductor y otros dos, de los cuales no recuerda el autor el nombre; dice que no tenían «propium»; a uno lo llamaban «el jovencito», al otro, «el comerciante en modas», y a propuesta de Constantino Constantius, terminado que fuese el banquete, cada uno expondría sus ideas en materia de amor, no discutiendo, sino en forma de discurso. La condición era una: el orador debía confesar, al dar comienzo a su exposición, su estado de excitación, producido por el vino. Tomaba esa medida Constantino Constantius porque sólo en ese estado se dicen cosas que normalmente no se dirían.

Y uno tras otro, sin comentarios, tenemos los cinco discursos, en donde cada comensal hace gala de una espiritualidad admirable, en un sucederse torrentoso de imágenes y metáforas que subyugan al lector. Aparentemente todos opinan en discordia, y todos poseen igual fuerza convincente; pero oculto, a los ojos del autor, que no es Juan el Seductor, aunque haga decir a éste lo que él mismo dice en el Diario, no es Víctor el Eremita, no es ninguno de los otros tres. Está en todos y es nadie: «Yo soy el puro sér, y por esto, casi menos que na-

da. Yo soy el puro sér, que asiste a todo, pero que no soy visible, porque estoy siempre neutralizado. Soy como la línea sobre la cual está el problema aritmético, y debajo de la cual el resultado. ¿Quién se ocupa de la línea?»

Es «el jovencito» cuando hace decir a éste que teme al amor porque en sus cavilaciones no ha llegado aún a explicarse lo que es el objeto del amor, lo amable, palabra sin sentido, o mejor de sentido cómico, si observamos serenamente los hechos, el lenguaje, las actitudes, los amantes mismos. Es Víctor el Eremita cuando pone en boca suya las siguientes palabras: «Que Platón dé gracias a los Dioses por haber sido contemporáneo de Sócrates: lo envidio; que dé gracias por haber nacido griego: lo envidio; pero cuando da gracias por haber nacido hombre y no mujer, hago coro con toda el alma». Lo mismo dice Kierkegaard en «Lo Erótico en la Música».

Fué siempre preocupación de nuestro filósofo ocultar al lector su personalidad, publicando la mayor parte de sus obras con pseudónimos. Usaba de éstos aún para con los editores. En su «Diario» Víctor el Eremita da a la publicidad el manuscrito de Juan el Seductor. Hay una aparente discontinuidad en sus escritos; en el fondo, un entrelazamiento armónico da consistencia de sistema a sus pensamientos.

El período estético, pues, se caracteriza por la brevedad y variedad del instante de placer, que comienza y termina casi al mismo tiempo, o como dice en su «Diapsalmata»: «Hay insectos que mueren en el momento de la fecundación; lo mismo ocurre con todos los goces: el instante del más alto y exhuberante goce de la vida, está acompañado de la muerte».

Pasemos ahora al período ético, o usando una palabra favorita de Kierkegaard «saltemos» al período ético, porque no hay entre los tres períodos pasajes graduales que obedezcan a una evolución, sino un abismo. En el primero, la variedad del goce estético daba al período un carácter de inestabilidad; es propio del segundo la repetición. En el período ético el amor se inmoviliza en el matrimonio.

«La acción tiene valor sólo por su intención»: He aquí la médula de este período, esencialmente individual, porque la idea está concebida por el individuo y será buena o mala, si la intención fué buena o mala. Que los resultados sean tales como se forjaron, lo mismo da; la acción no se valúa por ellos.

Llegamos al período religioso, el más importante para Kierkegaard; el problema de la religión ocupó su mente más que cualquier otro, y con mayor imperiosidad cada vez; tanto, que los escritos de la

última parte de su vida son puramente sobre religión.

Si la verdad es subjetiva — dice — si la ciencia positiva sólo aumenta el engaño en que vivimos respecto de la realidad del mundo exterior, al cual únicamente podemos conocer como probabilidad, si lo subjetivo es patrimonio del individuo, y siendo Dios algo absoluto, diferente por lo tanto a nosotros, no puede ser conocido. Pero si no podemos llegar a él especulativamente, llegamos en cambio por un acto de voluntad: la fe.

¿Por qué creemos en el Cristianismo? Porque ha hecho finito a lo infinito, mortal a lo inmortal; ha hecho hombre a Dios. Es el mayor acto de voluntad, y para ser verdadero cristiano, hay que alejarse del mundo. Así lo hizo Kierkegaard. Dos veces rompió lanzas con la sociedad, y fueron las dos polémicas más grandes de Dinamarca, las que sostuvo contra la iglesia oficial de su país.

En ocasión de la muerte del obispo Mynster, el sucesor, en un sermón, elevó al difunto a la categoría de Apóstol. Kierkegaard creyó llegado el momento de explicar lo que entendía por cristianismo, al lado de ese otro cristianismo de oropel, «Cristianismo de Estado», «cristianismo del domingo», innoble comedia de los pastores sin parroquia y de pastores que querían conservar la parroquia; negocio, al fin. El único cristiano fué Cristo; había que creer en él, no tratar de conocerlo. An-

tes de esta polémica había sostenido otra en 1845 contra un diario satírico, «El Corsario», que lo había hecho objeto de sus burlas. Sufrió Kierkegaard amargamente los ataques, contestando apasionado, sincero. Es verdad que era de poca monta el contendiente, y de aviesas intenciones, pero es menester agradecerle el haber estimulado la producción del filósofo.

Kierkegaard pasó su vida «mirando al mundo desde un escondrijo que existe en la encrucijada de ocho caminos», riéndose tristemente de sus contemporáneos, para quienes «el objeto de la vida era llegar a consejero; el deseo potente de amar era encontrar una mujer rica; la beatitud de la amistad consistía en ayudarse mutuamente en los embarazos económicos; que la sabiduría no era sino lo que los más creían que era; que el entusiasmo consistía en hacer un discurso; que el coraje residía en atreverse a pagar una multa de diez pesos; que la cordialidad se manifestaba diciendo: «buen provecho» después de una comida; que devoción quería decir hacer la comunión una vez por año. «Vi esto, agrega, y reí.»

Transcribimos gustosos la página que sigue de «Diapsalmata», vigorosa y sincera como su moral:

«Que otros se quejen acusando a nuestros tiempos de ser malos; yo me quejo de que son mezquinos porque carecen de pasiones. Los pensamientos de los hombres son sutiles y frágiles como enca-

jes; míseros como las mujeres que los hacen. Los pensamientos de sus mentes son demasiado mezquinos para ser pecaminosos. En un gusano se podría quizás considerar como un pecado el tener tales pensamientos, no en un hombre, creado a imagen de Dios. Sus deseos son lentos y medidos, somnolientas sus pasiones. Cumplen con sus deberes estas almas de tenderos, pero se permiten, como los judíos, raspar un poco las monedas, creyendo que aunque el Señor sea exacto en su contabilidad, se puede siempre engañarlo un poco. ¡Puah! Y es por esto que mi alma vuélvese siempre al Antiguo Testamento y a Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, se maldice su estirpe por todas las generaciones, allí se peca.»

«Mi pensamiento es una pasión» dice. Una pasión que lo consumía, que lo torturaba sin descanso, en la torre solitaria de su intelecto. Siempre en lucha consigo mismo, lamentando (al revés de lo que los hombres desean) de que en la vida no ocurra como en las novelas, donde es menester luchar contra kobolds y enanos, con gigantes y dragones, para libertar a princesas encantadas. «¿Qué son todos los enemigos de este género al lado de los fantasmas pálidos, exangües, de muerte dura, con los cuales combato y a los cuales yo mismo doy vida y existencia?»

Ese entrechocarse de ideas y pasiones, esa elaboración rápida de las más extrañas argumentaciones, esa dialéctica que con las más peregrinas formas del humano lenguaje construye metáforas y metáforas, es lo que nos arrastra, nos encadena a su pensamiento, aún cuando los nuestros sean distintos. Abandonamos su lectura y la vida u otras lecturas nos parecen pesadas. Tanta es la agilidad de la prosa de Kierkegaard, cerebral exquisito cuando quiere ocultar sus sentimientos, apasionadamente místico cuando nos confiesa sus dudas espirituales, sugestivo siempre.

CARLOS BOGLIOLO.

NOTA.—En prensa ya el artículo precedente, llegó a nosotros la primera versión castellana de Kierkegaard, publicada por la Editorial América que dirige R. Blanco Fombona. El traductor, Alvaro Armando Vasseur, reúne con el título de «Prosas de Sören Kierkegaard» el libro de que hablamos, «In Vino Veritas» (no sabemos por qué lo titula «Los discursos del banquete»), «Diapsalmata», «El más Infeliz» y «Estética del matrimonio» (veinte páginas de frases sueltas, extraídas al azar de la «Advertencia» que precede al «In Vino Veritas» de la traducción italiana). Constituyen la mitad del volumen dos escritos sobre Kierkegaard: Un discurso pronunciado por H. Höffding en la Universidad de Copenhague, el 5 de Mayo de 1913, en ocasión del centenario del nacimiento del filósofo; y un estudio de H. Delacroix. Ambos son interesantes; el de este último especialmente, es una detenida exposición crítica de las ideas religiosas de Kierkegaard.

El señor Vasseur dice a modo de introito: «Ofrezco al lector algunas páginas que escribiera ha poco más de media centuria, en una existencia anterior. Entonces vivía en Dinamarca y me llamaban Sören Kierkegaard». Bien. Esto quiere decir que el señor Vasseur cree en el «eterno retorno» de Nietzsche, o de Kierkegaard, o de Walt Whitman, como quería en el prólogo de su traducción castellana de los «Poemas» del gran poeta americano.

Cree también con el filósofo danés en la poca utilidad de la memoria, y en la mucha del recuerdo. Tanto cree, que de media centuria a esta parte ha olvidado la mitad de lo que decía en Copenhague cuando era alma y cuerpo de Sören Kierkegaard. De continuar despreciando la memoria en esa forma en dos o tres existencias futuras los libros irán desapareciendo, y la teoría del «eterno retorno» quedará transformada en un «retorno... a la nada».

Lo que dijimos más arriba, lo repetimos: Deseamos ver traducidos al castellano los escritos de Sören Kierkegaard; y agregamos: honestamente traducidos.

C. B.

EN LA CATEDRAL DE CHARTRES

C'est vers le Moyen Age énorme et délicat,
Qu'il faudrait que mon coeur en panne naviguât:

Verlaine

En una tarde de otoño desuavisimo tinte dorado, llegué a Chartres, la vieja ciudad de evocaciones puras.

Casas bajas de techumbre carcomida por el tiempo y por la lluvia, callejuelas estrechas y empinadas, aire plácido el de los pocos moradores, asomados a sus puertas, o paseantes por la Plaza de la Poissonerie, sin detener por cierto la mirada—indiferencia de lo muy propio—ante una hermosa construcción en madera del siglo xv, que allí se eleva; el Eure tranquilo refleja, en su angosto cauce, puentes, tocas, aleros y crepúsculos y la catedral maravillosa en fin... protege, con sombra gigantesca, a la ciudad que creció y amó bajo su planta.

Acaso en Nuestra Señora de París llegue a entibiarse el sentimiento estético, no tan sólo por la ciudad circundante, colmena vibradora,

sino por los innúmeros turistas que profanan, con sus voces, el silencio de las naves centenarias y manchan de tonos de odiosa policromía el grisáceo tinte de la piedra.

En Chartres, podemos regalarnos, que la realidad es propicia, con hermosas evocaciones, como las que en oro y azul pintaron los miniaturistas de la Edad Media, en el libro de horas de Ana de Bretaña o en el «psautier» del Rey Santo.

¿Porqué no imaginar que el cruzado Rey, con su madre Blanca de Castilla, hace un instante abandonara la basílica... y que aún resuena a lo lejos estrépito de clarines y corceles? Con la visión de cosas pretéritas, quizá la única poesía que se halla en nuestro tiempo pura, entremos por la Puerta Real: siete reyes, siete profetas o santos y cinco vírgenes o reinas, en sus nichos, recogen como hace siglos, la mirada serena, sobre el visitante del santuario.

¡Qué honda sensación de paz y de silencio se experimenta bajo la bóveda gótica, ligera como un vuelo de ave o de plegaria y majestuosa por la vida y sed que le presta el cristianismo!

En un rincón, gloria de cirio y de sahumerio, paisanas, con atavío regional de tocas blan-

cas, adoran a la virgen Negra de la Columna; seminaristas, calladamente, discurren por el deambulatorio absidial y admiran las esculturas circundantes al coro, unas del siglo XII, otras del XV, comentadoras de bíblicas escenas.

Si alzáis los ojos de las capillas húmedas de llanto y de plegaria a las vidrieras de colores, las más hermosas que produjo Francia, sorprenderéis el sueño de la tierra por la Jerusalen celeste abierta en las alturas. Distinguiréis los bautistas, vírgenes y serafines del siglo XII, por el colorido del cielo y de su manto: azul triunfante, verde de mar y de esmeralda y rojo vivo como sangre; y en la ruta de polvo violáceo, seguida por los Reyes Magos, la vidriera de los primitivos del siglo XIII.

La rosa del crucero, bajo la caricia crepuscular, enciende quiméricos pétalos en dorado y purpúreo fuego, e irradia fulgores infinitos sobre el arquitecno de la arcada y el arabesco del capitel, derrumbándose por el haz de la columna, en pliegues de maravillosa cachemira, hasta el rincón más sombrío del santuario. Mística rosa que recogió un día las miradas de San Luis y Felipe Augusto, se ilumina eternamente en auroras y crepúsculos y cuando el cielo obscurece—apaga, mensajera, sus destellos.

¡Cuánta hermosura adquiere el soneto de Heredia a la luz natural de su «Vitrail»!

Cette verrière a vu dames et hauts barons
Etincelants d'azur, d'or, de flamme et de nacre,
Incliner, sous la dextre auguste qui consacre,
L'orgueil de leurs cimiers et de leurs chaperons;

.....
.....

Ils gisent là sans voix, sans geste et sans ouïe,
Et de leurs yeux de pierre ils regardent sans voir
La rose du vitrail toujours épanouie.

VICTOR BETANCOURT.

INCIPIT VITA NOVA⁽¹⁾

Podemos ya con criterio histórico arrojar una mirada retrospectiva sobre el siglo XIX y apreciar su fecunda obra. Le vemos como un titán batallador emanciparse de los ensueños románticos de su edad juvenil, desentenderse del Olimpo y sus dioses innocuos y consagrar todos su esfuerzo a labrar la morada donde el hombre ha de vivir dichoso, rico, libre de temores supersticiosos y colmados todos sus deseos.

La naturaleza se le somete en dócil servidumbre; señorea la tierra, el agua y el aire; el espacio y el tiempo se encogen ante el vencedor y sin embargo por último se diseña en su fisonomía el gesto amargo de la decepción, aunque su orgullo le impida confesarla.

(1) Como un homenaje a la revista «Atenea», cuyo primer número acaba de aparecer en La Plata, transcribimos el presente artículo. No hemos de ocultar nuestra satisfacción por el espíritu que trasluce y gustosos aprovechamos de este motivo para enviar nuestro saludo cordial a la Sociedad de Ex-alumnos, que edita la nueva revista.—La Redacción.

Qué falta? Dónde ha fallado el esfuerzo titánico!

Vuelve acaso por sus fueros con extraña nostalgia el desdeñado espíritu? No bastan el saber y el poder, el cúmulo de riquezas para acallar los obsesionantes anhelos de justicia, belleza y paz?

Veamos lo ocurrido. El intenso desarrollo científico y técnico del siglo elimina las especulaciones abstractas para fijar la atención sobre los problemas concretos y el aparente éxito engendra las ideas generales adecuadas al caso. No existe nada fuera del mundo sensible y este se reduce al proceso evolutivo de una esencia desconocida, quizás incognoscible, pero en todo caso indiferente. No nos interesa sino conocer el mecanismo de este proceso para aprovecharlo. Y al hacerlo obedecemos a nuestra vez la ley orgánica de nuestra existencia, pues por fuerza hemos de preferir el placer al dolor. No hay acaso, ni libertad, ni determinación espontánea.

Mitiga con frecuencia el rigorismo lógico de esta doctrina el resabio de añejas creencias o de persistentes prejuicios, atavismos de remoto abolengo o reminiscencia arraigadas de la edad pueril. Pero las ideas directrices en realidad informan la vida práctica y se reflejan en el

arte, en la literatura y con mayor precisión se sistematizan en la filosofía contemporánea. En efecto, el positivismo reñido con toda metafísica, aspira a darnos la síntesis final de las nociones científicas, a su juicio única filosofía posible.

Podemos hoy darnos cuenta del ciclo recorrido y señalar sus tres etapas.

El primer período es naturalista, fundado exclusivamente en la exploración del mundo objetivo. Nace la teoría del medio.

En el segundo la psicología experimental tiende a ejercer un predominio absorbente y nos promete la clave de lo subjetivo.

Por fin, ya en los años finiseculares sobreviene el proceso de la descomposición crítica y escéptica del dogmatismo positivista.

Es fácil corroborar esta marcha con el sorprendente paralelismo de las corrientes literarias. Desalojadas en general las tendencias líricas, a la novela naturalista sigue la psicológica y a ésta las producciones paradójales de espíritus extraños o desorbitados. El drama experimenta mutaciones análogas.

Así evoluciona y por último se disuelve este gran movimiento. El Pragmatismo con su hijo espúreo, el Hominismo es el postrer retoño. Poco vigoroso.

No es empero el Positivismo una orientación simple hasta el punto de poder representar su evolución por una sólo línea. Disidencias insalvables se abrigan en su seno no obstante la base común—que es la concepción mecanicista del universo—y el supuesto rigor científico de sus conclusiones.

Gobiernan el mundo las ideas, exclama Comte. Obedecemos a nuestros sentimientos, dice Spencer. Ideas y sentimientos son tan sólo la careta de nuestros intereses, afirma Marx. Y Nietzsche por fin: Es mi voluntad la que arbitrariamente fija los valores de la existencia. Graves conflictos, de graves consecuencias en su desarrollo dialéctico.

Y otra lucha intestina separa al individualismo de tipo manchesteriano del colectivismo, de matices más ó menos rojos, para el cual aquél no es sino la filosofía del egoísmo burgués. Vinculado, a pesar de sus rasgos propios, a la escuela utilitaria inglesa y a la Enciclopedia, el Positivismo ha sido en efecto una manifestación del movimiento liberal moderno en beneficio del tercer estado. Que el proletariado haya intentado fundar sus aspiraciones en los mismos principios es en el fondo una contradicción, impuesta sin embargo por

el momento histórico en el cual el socialismo deja de ser una utopía romántica para realizarse en los hechos con éxito creciente. También debió hacerse positivo y aún extremó su posición en la teoría del materialismo histórico.

En presencia de tantas y tan divergentes tendencias no debemos extrañar si el Positivismo acaba por disolverse agotado en un escepticismo anárquico.

Sin embargo, todavía no es este el motivo principal de su decaimiento. Para ello era preciso conmover el principio fundamental mismo, el concepto mecanicista, que al suprimir la libertad suprimía también la condición *sine qua non* de toda ética. Las tentativas positivistas para suplir esta deficiencia por una teoría de las costumbres o de los instintos sociales no podían satisfacer a la larga, porque la identificación de lo moral y de lo útil justificaba al fin todos los egoísmos y constituía al sujeto en testigo ocioso de sus propios actos. Los fundadores del positivismo abundaron en esfuerzos dialécticos para salvar la ética, pero en la evolución lógica de la doctrina llegamos al punto en que se proclama abiertamente la amoralidad hasta con cierto alarde y orgullo. An-

te la evidente imposibilidad de fundar una ética, se acaba por declararla superflua!

Es un espectáculo raro ver a estas generaciones resueltas a conquistar en lucha sin tregua todas las libertades, la libertad política, económica, intelectual, negar así mismo la libertad intrínseca del hombre. Al propio tiempo persiguen un ideal humano y abrigan la esperanza de realizarlo sin un principio normativo de la conducta. Pero no se puede con la escuela positiva italiana negar aún la responsabilidad del delincuente y luego exigir como un deber la adaptación a determinados fines sociales, hasta convertirnos como la abeja en miembros automáticos de la colmena.

Todo ideal importa señalar una finalidad, una meta hacia la cual debemos encaminarnos. Eso implica la posibilidad de hacerlo. En realidad el positivista consecuente no puede tener ideales, pues obedece por fuerza a la ley ineludible de la evolución cósmica. Puede la gota de agua modificar el curso del río y fijar de antemano donde debe desembocar?

Si estas consideraciones sugieren el deseo de buscar una nueva solución al eterno problema, también contribuyen a ello reflexiones de otro orden: El resultado de este pasmoso progreso científico y técnico es al fin de cuen-

tas un desastre. Acaso con el aumento de su saber y de su poder la humanidad ha mejorado? Ha dejado de explotar el hombre a su semejante, hay en el mundo más justicia y más caridad, ha dejado de empaparse el planeta en nuevos torrentes de sangre? Valía la pena emplear largos años de cálculos teóricos y de ensayos heroicos para construir el aeroplano y destinarlo luego al asesinato con la misma brutalidad ancestral?

Por cierto no estamos dispuestos a renunciar a ninguna de las conquistas realizadas; por el contrario esperamos acrecentarlas e intensificarlas merced al instrumento incomparable del método científico. Pero la ciencia no basta. Es menester subordinarla a un principio superior, a un principio ético.

He ahí los varios motivos del resurgimiento de una nueva filosofía, ya no de carácter científico sino de orientación ética. La gran labor realizada no por eso se pierde. Ella ha cumplido su misión histórica, nos ha dado la conciencia de nuestro poder, nos ha dado los instrumentos de la acción y ahora se incorpora a las nuevas corrientes como un elemento imprescindible. El cambio de rumbo sin embargo se impone, un nuevo ritmo pasa por el alma humana y la estremece.

Es que una ética supone un cambio fundamental de las concepciones filosóficas. No se concibe una ética sin obligación, sin responsabilidad, sin sanción y sobre todo sin libertad. La nueva filosofía ha de libertarnos de la pesadilla del automatismo mecánico y ha de devolvernos la dignidad de nuestra personalidad consciente, libre y dueña de su destino. No somos la gota de agua obediente a la ley del declive, sino la energía, la voluntad soberana que rige al torrente. Si queremos un mundo mejor—lo crearemos.

La sistematización, no fácil, de este pensamiento, es la tarea del naciente siglo. Ruskin y Tolstoy han sido los precursores; Croce, Cohen y Bergson son los obreros de la hora presente. No han de darnos una regresión sino una progresión. Y a la par de ellos los poetas. De nuevo ha renacido la poesía lírica pero con una intuición más honda del alma humana, con mayor sugestión emotiva, en formas más exquisitas. Qué trayecto no media de Zola a Maeterlinck! Y en las ciencias sociales ha terminado el dominio exclusivo del factor económico y vuelve a apreciarse el valor de los factores morales. El mismo socialismo ya más que el socorrido teorema de Marx

invoca la solidaridad es decir, un sentimiento ético.

Cuando la serenidad de la paz retorne a los espíritus, quizás florezca la mente genial, cuya palabra ha de apaciguar también las angustias de la humanidad atribulada.

Entre tanto nuestra misión no es adaptarnos al medio físico y social como lo quiere la fórmula spenceriana, sino a la inversa, adaptar el ambiente a nuestros anhelos de justicia y de belleza. No esclavos, señores somos de la naturaleza.

ALEJANDRO KORN.

La filosofía del hombre que trabaja y que juega, de Eugenio D'Ors.

Estudio de Manuel G. Morente⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

Ese radical antagonismo de ambos mundos es, pues, precisamente, lo que hace posible una consideración harmónica superior. No sería lícito interpretar el dualismo de Eugenio d'Ors como una permanencia en la concepción estática de la metafísica cartesiana. Muy al contrario, supera esa concepción estática, subordinando uno a otro de esos dos mundos y precisamente la naturaleza a la libertad. A la concepción del mundo como una constante, fuerza o energía, que permanece igual a sí misma a través de sus transformaciones múltiples, hay que sustituir otra concepción en donde no pueda prescindirse del concepto histórico: el tiempo. Las transformaciones de un orden a otro orden de energía no son, en realidad, indiferentes y compensables, sino que significan una pérdida. Introdúcese en la física, con una posición preeminente,

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio D'Ors, coleccionada por R. Bucabardo y J. Farrán.—Edit. Antonio López, Barcelona.

los juicios de valor, ya introducidos evidentemente en la biología por las teorías de la evolución. La subordinación de la naturaleza a la libertad, rectifica lo que pudiera haber de muerto y de inactual en ese dualismo de Eugenio d'Ors. Un supremo interés de valoración jerarquiza los principios de esta interesante concepción que, situada a igual distancia del monismo clásico — idealista o no — y del pluralismo anárquico de algunos modernos, quiere expresar un sentido harmónico del mundo y de la vida.

Séame permitido, antes de terminar, indicar algunas observaciones que me ha sugerido el estudio de esta filosofía de la armonía — armonía viviente, en perpetuo movimiento y no estática ni pasada. Ella es una elevación, por encima de algunos temas de la filosofía contemporánea, en busca de la clave superior que los comprende. Al recorrerla he sentido algunas veces la emoción intelectual de la discrepancia, emoción fructífera para el que discrepa como para aquel de quien discrepa, emoción socrática. Aquí ahora, en brevísima anotación y sin desarrollo, enumero esos temas de futuras y venturosas discusiones.

La concepción central, la del dualismo entre fatalidad y libertad, implica una noción, la de la substancia, que hubiera sido útil someter a una crítica previa. ¿Hemos de entender la substancia como algo distinto de la suma de los atributos o

predicados y como, por decirlo así, el sostén (*sub-stare*) de todos ellos? Este concepto individual, realista, parece ser el que introduce, en su análisis de la libertad, la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega. El Renacimiento atribuyó a esa noción realista de la substancia, otra noción idealista según la cual ésta no se desenvuelve enteramente en sus diversas manifestaciones y no es más que el conjunto de todos los posibles predicados. De atenernos a esta última concepción no se podría aceptar residuo alguno de libertad, después de haber despojado la personalidad activa, la potencia, de todos sus atributos. En realidad nunca llegaremos al contacto *inmediato* con ese abstracto irreductible de nuestro yo, si procedemos por análisis, por relaciones, por *mediaciones*. Para conseguir ese contacto inmediato, tendríamos que echar mano de algo también inmediato y, de un modo o de otro, intuitivo.

De ese concepto substancialista de la personalidad, proviene también el biologismo de esta doctrina del *Lenz*. Mas frente a ese biologismo puede afirmarse que la lógica — pese a Wundt — no es una ciencia normativa. No nos dice cómo *debemos* pensar, sino qué pensamientos son — en su contenido — defectivos, es decir, expresivos de un ser y qué otros pensamientos son — en su contenido — falsos, es decir expresivos de algo que no es. Y adviértase como, en este último sentido de la lógica

—doctrina de la defetividad — no habría ni un resquicio siquiera por donde el pragmatismo pudiese penetrar.

En el fondo de todas estas dificultades hay una causa que las produce: el apego que la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega manifiesta aún hacia los temas pragmatistas. Quiere evidentemente superarlos, mas no se decide enteramente a abandonarlos. Y sin embargo, es ésta una cuestión de ser o no ser para la filosofía. El valor de la ciencia debe permanecer intacto y el postulado del idealismo es — a mi juicio — perenne. Lo que no es perenne es la forma que el idealismo ha tomado hasta hoy. Contra esa forma podemos hacer todos la buena y santa guerra. El positivismo está exhausto y declinante. Mas lo que va a venir a sustituirlo no será, sin duda, una filosofía de la indeterminación; será una filosofía con otro género de determinaciones. ¿Cuál? A fijarlo se endereza la tarea de las actuales generaciones filosóficas.

¿Tomará a mal el lector que le haya detenido tanto tiempo en el umbral de este libro, tan empapado de amor al espíritu, tan lleno de esa ondulante y sutil emoción mediterránea que, en las islas y en las costas helénicas, sintieron los hombres más nobles y más bellos que la humanidad ha conocido? Espero que me habrá perdonado, considerando que en estas cuestiones de filosofía no hay más que

una manera de honrar plenamente y es discutiendo, dialogando. En una noche madrileña, no hace aún un mes, íbamos Xenius y yo por una avenida obscura. Yo hablaba de injusticia, de incomprensión... El decía suaves palabras de la amistad y del diálogo.

MANUEL G. MORENTE.

JUAN AGUSTIN GARCIA

De la estéril «generación del 80» — estéril a pesar de pertenecer a ella don Ernesto Quesada — el doctor Juan Agustín García es el único estilista. Sus libros quedarán; no sabemos precisamente si en el estante de la novela o en el de la historia — pero quedarán. Compararlos con aquellos comunes que se publican sobre iguales temas, es confundir un arabesco iluminado con una simple línea gris.

Su enseñanza, además del mérito que asume por comparación con la de algún otro profesor, tiene valores propios, y las frecuentes clases perdidas, no todas por ausencia de los alumnos, son lamentadas sinceramente.

No escribirá la historia argentina. Pero tiene las condiciones — ya que no el tiempo, diremos — para hacerlo. Sería una historia argentina amable y suave, indulgente con los próceres y las fechas, llena de cosas muy interesantes, admirablemente escrita — pero no la escribirá.

El autor de la «Ciudad Indiana» — libro que marcara una tangente de oro en el círculo vicioso de nuestros métodos de investigación — permanece fiel, año tras año, al Positivismo y a idéntico programa de enseñanza. Lamentamos tanta fidelidad y en filosofía desearíamos que abandonara su época colonial. Pero nos complacemos en manifestar a este profesor, cuya presencia honra las Facultades, nuestra admiración, nuestro aprecio y nuestro respeto.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía

«EL LIBRO DE LOS PAISAJES», de Leopoldo Lugones. — Cuantos han seguido entre nosotros el movimiento literario de los últimos veinte años, recordarán los comienzos de Lugones, que casi adolescente vino a la capital de los ensueños provincianos, donde poco después, en súbita expansión de savia virgen, imponía su talento por la revista, el diario y el libro.

Imitando poco o mucho a tal o cual autor francés, escribió «*Las Montañas del Oro*» y «*La Guerra Gaucha*». Más tarde, siguiendo los consejos que Groussac le diera desde «*La Biblioteca*» (1) «trató de ahondar los estudios fundamentales apenas esbozados», convenciéndose «de que la única disciplina fecunda consiste, no en remedar a los grandes, sino en imitar su heroica labor y su indomable energía». A ese precio consiguió «ser alguien», libertarse de la imitación de Hugo y de Verlaíne; «escribir a lo Lugones», magüer no haya alcanzado, como pronosticaba el crítico, ni creemos alcance jamás, agregamos por nuestra cuenta, «la sencillez que no excluye el color ni la fuerza».

Es el señor Lugones un *dilletante*, un extraordinario *dilletante*. Su portentosa facultad de asimilación, la constancia en el estudio, el maravilloso don de la imagen, le han permitido poner al servicio de una temporaria inquietud

(1) La nota biográfica a que aludimos, apareció en la entrega correspondiente al mes de Septiembre de 1867, vale decir, el mismo mes en que desaparecía el periódico libertario «*La Montaña*», que Lugones dirigía con Ingenieros, «quid illis temporibus, appellatur Ingenieros». «Nada es, todo deviene»!

espiritual materiales para muchos volúmenes de índole completamente diversa.

Su obra, carente de unidad ideológica, podría ser la de varios pensadores que coincidieran en dicción y estilo. Con erudición completa, pero reciente, del tema tratado, invade los dominios de la historia, de la paleontología, de las matemáticas superiores, de la didáctica, de la arquitectura, y el porvenir nos reserva, sin duda, un tratado suyo de estereognóstica... Pero no prosigamos. Nada más distante de nuestra intención y pertinencia, que hacer un estudio crítico de las obras de este escritor... ya que *non piú grande amore*, mayor espacio que el de una simple nota bibliográfica habríamos menester. Lástima que en esta publicación a nuestro entender ello no sea posible. Nacida como ciertas revistas europeas, especialmente españolas, de honda inquietud, tiene como ellas «muchas cosas de que hablar», y esas cosas más se refieren a crear actitudes en el porvenir, que a juzgar el pasado, pues como dice Unamuno: «el pasado no puede ser más que como fué, ni cabe que lo presente sea más que como es; el *puede ser* es siempre futuro».

Y ahora, hablemos un poco del nuevo libro con que el talento poliédrico de Lugones inaugura el año.

Obras de orfebre minucioso que cuida el detalle, de artífice paciente que estiliza en encaje arabesco sutil, algunas de sus poesías; luz plena, contraste de color puro, blancura de ampo, lobreguez de abismo, otras; tersidad de espejo, nitidez de contorno, azul de cielo griego, muchos de sus paisajes. Afean algunas estrofas, y no como de relance, la imagen extraña, el prosaísmo insólito, el repentino cesar de un ritmo comenzado.

El metro corto de rima perfecta encadena la atención y no permite apreciar el pensamiento ni gustar la metáfora; no es quizás el más indicado para cristalizar en belleza duradera un paisaje que pasa. Préstase en cambio con re-

lativa facilidad a describir las melancolías del asno «que rebuzna su morriña», y las veleidades de «Viviana, viana, viana» y de «Martina, tina, tina»; pero ello, con no referirse a los paisajes, es de lo menos poético.

El crítico literario de *La Nación* — formidable caja de resonancia ésta a la que Lugones debe la mitad por lo menos de sus prestigios — ha comparado «El repique matinal» de nuestro autor con las composiciones pastoriles de Teócrito. Alabanza desmedida del compañero, que al propio Lugones resultará absurda. La complicada producción moderna, sujeta a estéticas tanto más artificiosas cuanto más sutiles, no igualará nunca en concepto armonioso, en prístina gracia, en decir ingenuo, al poeta griego, para quien la palabra «cánon» significaba lo que en boca de Policleto, el escultor argivo: perfección.

Démosnos prisa en advertirlo: no concebimos la poesía a la manera lugoniana. No creemos que ella implique relego de sentimiento, prescindencia casi completa de todo otro sentido que el visual, esfuerzo de reproducción fotográfica, objetivismo, para decirlo en una palabra. No; todo lo contrario. Y por anticipado que huelga la objeción de que es éste «El Libro de los Paisajes», pues todas las percepciones se tiñen de sentimiento de pasar por el prisma individual, y bien sabemos que Mallarmé llega hasta negar, en cierto modo, la existencia de la poesía épica.

Epilogando: Van faltando cada vez más a Lugones las cualidades del verdadero poeta, el cual *sentiría* la fracción de realidad material o ideal que Lugones *comprende* bella. Tiene aquél de los seres y de las cosas una visión sincrética, éste, una sintética, que implica siempre cuidadoso análisis. Al pretender transmitirnos sus impresiones, ambos repiten el proceso ontogénico de personal captación de la belleza.

La estrofa en que lo realizan es prueba psicológica de la receptiva modalidad estética de su autor.

Lamentemos que Lugones no esté ya en edad de trocar algo de su talentoso «ver», por un poco de «dolorido sentir».

JULIO L. HANÓN

GRIS, de don Pedro Miguel Obligado.—

Desde diciembre ppdo., cuentan las letras nacionales con un nuevo libro de versos: «Gris». Su joven autor, don Pedro M. Obligado, es un espíritu culto y distinguidísimo, en cuya obra admiramos muchos buenos versos, pletóricos de hondo sentimiento y algunos hasta de originalidad, pero como casi todos los escritores de nuestro tiempo, víctima de aquella «vaga mortal melancolía» contra la cual levantara su indignación ateniense el ilustre cantor de Horacio.

La vida se presenta «gris» para Obligado, según parece, y lógico es que la cante como la siente, pero nadie que haya leído el libro negará que muchas veces el poeta se esfuerza por ver de ese color las cosas que le inspiran; que hay algo en sus páginas que no es dolor sincero, sin que por esto pensemos en una convencional tristeza — la tristeza elegante que hace noble el rostro de lord Byron y arranca lágrimas a las lectoras de Musset — sino que reprochamos en el libro esa desgraciada influencia que aún ejercen, a través de muchos lustros, las melenas de la época de Hernani. Esa vaga laxitud espiritual que no tiene siquiera el encanto filosófico del romanticismo, y que no debería existir en grado tan alto, en un país como el nuestro, lleno de luz y de vastos horizontes.

Es antigua ya la monomanía cromática de los poetas, «blanca» en el Chénier de los primeros años y en el Duque Job, «azul» en Darío y ahora «gris» en Obligado...

Sinfonías, poemas, ramilletes, madrigales, etc., se han escrito con matices, y la verdad es que sus autores estuvieran bien muertos a no ser por sus otras muchas joyas de mejor engarce y más noble metal. Pero el «gris» de Obligado, bajo un cielo como el nuestro, en él que tiene ilustre tradición de poetas serenísimos, es francamente imperdonable, ya que siendo artista, debió caer en cuenta que ningún color más desgraciado para el gran arte que el «gris», «melancolía de lo negro».....

Hay en el libro páginas admirables, de alto vuelo lírico y sello personal indiscutible, pero así y todo, está lejos Obligado de ser el poeta que buscamos en nuestro jardín argentino, que reunirá, cuando llegue, en feliz armonía, el talento del autor de «Gris» con el culto por la forma, el respeto por esa «sagrada antigualla», que hizo la gloria de todos los que fueron grandes poetas.

No se imagina el señor Obligado cuánto le afean sus poesías los descuidos formales, la sintaxis a ratos atormentada, ese desprecio por las leyes del verso de que hace gala en algunas estrofas.

No se imagina cuánto por todo ello desmerecen «Los Bancos», «El perfume del Junquillo», «A un muerto desconocido», etc., verdaderos granates que brillaran con todos sus cristales si el minero afortunado que los desentrañó les hubiera cincelado las facetas.

Pero don Pedro M. Obligado es poeta y estamos seguros de que reaccionará en el sentido que dejamos indicado. Cuando el tiempo le haya gastado el manto gris que vistió para entrar en el templo, dejará en el camino estas injustas preocupaciones estéticas y trabajará sus versos con el buril que indicaba en manos de Leconte, la ruta de la divina Paros... Ha de reaccionar, porque es joven y tiene talento, y ojalá sea pronto para que en breve plazo saludemos a un poeta de elevado temple espiritual y grande corazón.

B. VENTURA PESSOLANO.

«EL TRIUNFO DE LAS ROSAS», de Angel de Estrada. — Así como se ha dicho que en «*Nuestra Señora de París*», la celeberrima novela de Hugo, no son protagonistas principales ni la cándida Esmeralda, ni el antitético Quasimodo, ni el trágico Claudio Frollo, porque estos ceden su personalidad, sombría o luminosa, a la Catedral «enorme y delicada», — flor de la Edad Media que abre quiméricos pétalos de piedra, henchidos de incienso y de plegaria, a sus adoradores infinitos, — lo mismo podría decirse del «*Triunfo de las Rosas*», de Angel de Estrada, cuya heroína no es Annarella Cesari — menos la encendida Mónica —, sino la ciudad cesárea y cristiana, la «*Saturnia tellus*» — cual resplandece en el exámetro Virgiliano —, la tierra de Jacob y de San Pedro; clarísima Roma que impera como dueña de los corazones que probaron su gracia y de los ojos que recibieron la caricia luminosa de su hechizo.

Estrada siente y hace sentir el encanto subyugante de Roma. Siente las tardes áureas recogidas en el monte Mario, sobre sus «cipreses, sus senderos, sus villas y sus fuentes»; las tardes áureas que ilustran la página gris de la memoria, como esas miniaturas de sutil y purpúreo arabesco, que en los libros de horas medioevales, dan realce y esplendor a la uniforme monotonía del infolio; esas tardes cuando el sol se hunde con suntuosas nubes, detrás del «campanile» de una villa, o del sombrío ciprés que se recorta, en el bermejo fondo, como decoración de una tabla bizantina. Horacio, a ese mismo sol que corona a las siete colinas, ofrendaba, hace veinte siglos, sáficos adónicos de su Canto secular:

... possis nihil urbe Roma
Visere majus!

Estrada siente y hace sentir el encanto subyugante de Roma. Siente la mágica sinfonía de la romana fuente: el agua que se desprende con saltante gorjeo por doquiera: en la paz del claustro estalla vívida y presta su risa pródiga al reconcentrado ensueño; en la piedra ilustre brota y salpica, al derramarse iridiscente, la tierra circundante, donde puede medrar, por tal gracia, el romántico tallo de una flor, junto al mármol conmemorativo, cuyo secular epígrafe desvela al sabio teutón. Y la canción de la fuente durante la alta noche, en la tenebrosa calleja de la urbe, o en la vía dilatada, es la que llena perennemente los espíritus de escondidas armonías y ofrece, en la ciudad eterna, la sensación de lo fugaz y pasajero...

Estrada siente el encanto de Roma: la ciudad del amor y de la muerte, que ríe en la fronda de sus colinas y en el oro de sus auroras y sueña, en el santuario recogido, ante la trágica visión del Gólgota.

La lectura de *«El Triunfo de las Rosas»*, me ha hecho revivir días pretéritos, y la tarde inolvidable cuando contemplé por vez primera, desde lo alto del Janículo, a la ciudad sagrada: allá en la campiña verdeante esparcidos acueductos y derruidos arcos, luego el anillado muro con sus puertas ilustres, los pinos ingentes del Palatino y la esbelta columna del Foro, la cercana fronda del Pincio y la obscura masa del Sant' Angelo con su Arcángel perdido entre el oro crepuscular, y más cerca aún, la cúpula soberana del Buonarrotti, de mármol encendido, cual si fuera alabastro, por la magia del poniente y por la oración que palpita en su interior, protectora y eterna, para tender el vuelo sobre la ciudad de las colinas de verdes pámpanos: propicios a Baco y a las bacantes rubias. Los exámetros bárbaros de Carducci — el gran poeta sólo sintió la mitad del alma de Roma: su potencia pagana y exultante —, férvidamente se repiten:

mentr'io dal Gianicolo ammiro l'imagin de l'urbe,
nave immensa lanciata ver' l'impero del mondo.

Lord Kington y Annorella Cesari tejen su sueño de amor en la tierra del arte y en el jardín de las rosas. Y si las rosas se marchitan, como las del soneto de Ronsard, queda su perfume perenne en los espíritus, donde mora la virgen ilusión, más allá del tiempo y del espacio...

La pluma de Estrada, áurea como la de Gautier y sabia como la de Merimée, nos conduce a la ciudad eterna y nos ofrece en ella, nobles corazones, acendrados por el amor de alas de arcángel y de mariposa.

JORGE M. ROHDE.

NOTAS

Notas

EL POETA MARTÍN CORONADO

El sábado de gloria, Don Martín Coronado, estrenó en el teatro Politeama, «La Chacra de Don Lorenzo», continuación de «La Piedra del Escándalo».

Conforta nuestro espíritu de argentinos el ejemplo de este noble poeta, que a los 70 años, aún tiene como en sus mejores días, la ternura a flor de labio para aquella gente humilde que se fué con su sencillez y sus amores, camino del olvido. Nos conforta en nuestro credo nacionalista este poeta de corazón, gran señor de la raza, que desde el retiro de su huerto sigue enviándonos flores, dignas compañeras de su ingenua «Siempreviva».

El Colegio Novecentista envía su saludo auspicioso al viejo poeta de la estirpe que como pocos supo llevar al «tinglado de la antigua farsa» sus más generosos caracteres, y al corazón argentino la honda emoción de su propia vida.

Que los Manes de la Patria nos le guarden y conserven.

UNA CARTA DE LEOPOLDO LUGONES

Leopoldo Lugones, el ilustre polígrafo, ha dirigido a don Teófilo de Sais, del Colegio Novecentista y autor de «La otra Arcadia», la siguiente carta:

Buenos Aires, Marzo 7 de 1918.

Señor don Teófilo de Sais.

Mí querido señor del pseudónimo:

Yo no soy de los grandes hombres, ni disfruto el don de autoridad, enemigo conocido del «principio» que la sustancia; pero me tengo por buen lector de las cosas que merecen lectura, y así lo pruebo con haberme ya leído su libro *La Otra Arcadia* que ayer tarde recibí. Excelente libro, por cierto, y de género desusado aquí, lo cual constituye un grande encanto de novedad: me refiero a su filosofía, hija de la cordura, según el concepto ciceroniano que, a fe mía, era también de poeta.

Poner filosofía en verso es cosa muy difícil; y creo que en lengua castellana, sólo lo haya logrado de veras Jorge Manrique. Lo es porque el mismo género exige que la poesía resulte en él lo que el aroma residual en las cenizas del pebetero. Mas, también, qué delicadeza de impresión cuando se consigue darla: una cosa casi divina en su inmaterialidad, porque es más leve que el humo y más impalpable que la sombra.

Es ésta la poesía sabia por excelencia, lo que significa impopular en el presente y clásica en el porvenir. *Pauca paucis*, según la fórmula. Pero, ya he visto que usted sabe lo que es la plebe, en sus *Fiestas Patrióticas* que me llevan a hablarle directamente del libro.

Para un espíritu tan culto y agudo como el suyo se manifiesta, decirle lo que a uno le ha gustado es defuirlle

por qué le gustó. Así el *San Pablo en Atenas*, las mencionadas *Fiestas*, *El Sol*, la VI, VII, X, XI, XIII y XLV de sus *Intimas*, la XIV y XV de sus *Momentos*. Hay también, excúseme usted la descortesía, algunas composiciones que no me gustan y de las cuales, por lo mismo, no hablaré, pues un libro cuenta por lo bueno que tiene, no por lo imperfecto.

Reciba usted, pues, mi más sincera congratulación y mis expresiones de gratitud por el libro tan honrosamente dedicado, junto con los votos que hace por su prosperidad de autor su amigo y colega.

L. LUGONES.

INFORME CON MOTIVO DE LA RENOVACION DE AUTORIDADES

Gracias al apoyo decidido y a los consejos prudentes de los caballeros que forman este Colegio, no se cumplieron en el breve período que el infrascripto ha tenido la honra de dirigir sus destinos, los insinuantes augurios propalados sobre su próximo fin y en ningún momento se acercó siquiera la hora — con fruición pronosticada — de exclamar glorioso y trágico: ¡el Novecentismo soy yo sólo! En verdad que si alguno se alejó, nada ha llevado, como que nada trajo.

Por el contrario muchos se acercaron a nosotros. No todos se quedaron: venían impacientes sin saber que luchamos para treinta años después.

Corta en tiempo y en luces ha sido la actuación del que subscribe. Microscópico su escenario. Asimismo ha tenido tiempo de conocer la profunda tristeza que hay en todo poder. Con dignidad — aunque indigno — defendió con palabras de seda sus convicciones de hierro. Cediendo

todos los días — no transigió jamás. Para no malograr la empresa iniciada se hicieron indispensables grandes consideraciones: postergar intereses legítimos, desconocer derechos adquiridos, y del sacrificado exigir nuevo sacrificio.

El que subscribe se ratifica de todos sus actos. Y si tuviera que recorrer otra vez la misma ruta, no vacilaría ni un instante en inmolar nuevamente a la causa del Novecentismo, todos los intereses humanos, y lo haría, como lo ha hecho, con la conciencia tranquila, impasible, sin odio y sin piedad.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

Buenos Aires, Febrero 1918.
